

él y Giuseppina, la alianza era disparatada y desigual.

Cuando las cortinas cayeron sobre la ventana, se levantó, cogió su sombrero y sus guantes y salió al boulevard en busca de informes acerca del objeto que ocupaba su atención.

VII

IDILIO

Dos días después de estos sucesos, era domingo, y por lo tanto fiesta para los empleados de todas clases.

En esos días, las calles que rodean el Bazar de San Germán están desiertas; parece que se ha trasladado uno á un barrio de Londres ó á una ciudad muerta; al tumulto que reina allí durante la semana, sucede un silencio de claustro; las puertas de hierro de la tienda están cerradas; no se ven, á través de las grandes lunas de los escaparates, telas brillantes, ni en las aceras se instalan vendedores; todo está callado. Por la noche, alguna que otra luz sale por las ventanas de los tejados.

En las galerías desiertas, los muchachos y los bomberos de guardia se pasean, como guardias de Orden público aburridos, con las linternas en la mano, haciendo la ronda con una puntualidad militar; la libertad de los demás compañeros les hace parecer más triste la casa. El almacén, con

sus pesadas puertas y sus cerrojos echados, se asemeja á una prisión.

* Pero, aparte de estos prisioneros del deber, el enjambre de dependientes, de patronos, de inspectores y de señoritas se dirige hacia los bosques de Meudon, de Ermenonville, de Montmorency ó de Suresnes y de Saint-Cloud, para respirar el aire puro y perfumado de los campos.

La mañana en que el señor Perrolet esperaba á Germana en las Tullerías, y donde vió que Josselin le tomara la delantera, el cajero había dicho á la joven:

—Quiero hablar con usted; me ha hecho usted concebir la esperanza de que me escucharía; concédame el favor de pasar el domingo conmigo.

—¿En dónde?

—Donde usted quiera, siempre que estemos solos, donde podamos explicarnos claramente y con libertad; le contaré mi historia; ya sé la de usted. Le diré mis proyectos; después decidirá usted de mi suerte. Si usted quiere, seremos amigos toda la vida.

—¿Pero no lo somos ya, Andrés?

—Pero no lo bastante.

Sus miradas suplicantes terminaron de explicar su pensamiento. Hacía mucho tiempo ya que se explicaba con demasiada vivacidad, y Germana lo había comprendido.

Ella le prometió acceder á lo que quería.

Además, un paseo por el campo con él, en día de vacación, no la comprometía á nada.

Después de todo, ella estaba indecisa. ¡Los ojos de Josselin la turbaban! Aquel muchacho moreno, de buena figura, á veces un poco triste, le interesaba. Ella sabía el afecto con que la dis-

tinguía; cierto que por su parte no sentía ninguna pasión por él; pero, en fin, todavía no sabía lo que era el amor, aun cuando pudiera suceder que su amistad por el cajero se pareciese bastante á esa pasión. ¡Había estado tan ocupada hasta entonces, que no había tenido tiempo de pensar en ello!

Así, pues, el domingo, esbelta y graciosa, con su vestido gris—un capricho de muchacha, ¡el negro durante toda la semana era tan monótono!—muy sencillo, con un sombrero grande, obscuro, levantado en un lado y adornado con una pluma gris; unos guantes de piel de Suecia, largos hasta el codo, y en el brazo izquierdo una pulsera de plata, de la que pendía un *porte-bonheur*; zapatos de charol y medias del mismo color que el traje, y una mantilla en el brazo, llegaba á la estación del Norte un poco retrasada, pero con la fisonomía alegre y adivinándose el buen humor en toda su persona.

Hay días en que todo se ve de color de rosa, y aquel domingo era para Germana uno de ellos. En la puerta de la estación la esperaba Josselin, con los billetes en la mano.

—¡Ah—dijo,—tenía miedo!

Germana se disculpó. ¡El coche que la había llevado había ido tan despacio! Además, las mujeres muy raras veces saben la hora en que viven; dan vueltas sin pensar en ello; en parte tenía ella la culpa.

El cajero iba vestido como un elegante que va á las carreras.

Llevaba un chaquet negro, pantalón gris, sombrero redondo y guantes.

Pretendía agradar y no había descuidado ni un detalle.

De sus grandes ojos se escapaban destellos como flechas, capaces de traspasar un corazón de diez y ocho años.

Pero Germana tenía veinticinco; á esa edad se es menos tierna y más positivista.

Echó una mirada en derredor suyo, para asegurarse que no era objeto de ninguna vigilancia intempestiva.

¡Si algún Argos del Bazar de San Germán hubiese estado allí!

Cierto que no hacía nada malo, pero le hubiese molestado que el señor Perrolet se enterase de aquella escapatoria.

¡Pero nada! No había nadie conocido.

—¡Qué buena es usted por haber venido!—dijo Josselin, olvidándose de la hora del tren mientras la contemplaba.

—¿No se lo había prometido?

—¡Y qué guapa está usted!

—¿Se lo parezco?

—¡Ya lo creo!

El cumplido no era exagerado.

La segunda de las modas del señor Perrolet estaba sencillamente encantadora, como para tentar á un millonario y hacer cometer las mayores locuras á todos los príncipes del globo.

Los dos jóvenes se hallaban muy entretenidos en una conversación interesante, cuando la voz de un empleado les recordó que era la hora de partir, diciendo:

—¡Señores viajeros para Chantilly, al tren!

Al oír la campana se precipitaron y se metieron en el primer compartimento de primera que encontraron, y en el cual sólo había dos sitios, separados el uno del otro.



—¡Qué buena es usted por haber venido!—
dijo Josselin...

Germana tuvo que sentarse lejos del cajero, quien á su vez ocupó un asiento en el fondo del wagón.

Un viajero, delgado y rubio, ofreció finamente la ventanilla á la muchacha, obligándole á aceptar.

Cuando el tren se puso en marcha y ella se hubo sentado, después de arreglar la falda sobre sus zapatos, levantó los ojos para dar las gracias á su vecino. Era el duque de Rochebonne.

En seguida le reconoció.

Á pesar del innumerable público que circula diariamente por la tienda del señor Bouret, Germana, que tenía una excelente memoria, recordó la figura del duque, pues no era de las que se olvidan tan fácilmente.

En efecto, allí estaba, con su aire cansado y burlón.

Germana se ruborizó, y sus mejillas se inflamaron.

Una oleada de sangre le subió á la cabeza, y, sin saber á qué causa atribuirlo, se arrepintió de haber aceptado la invitación del cajero. Tenía allí un testigo que le molestaba.

¿Por qué, si casi no conocía al duque?

Su nombre no había llegado hasta ella más que por una simple casualidad, y, por su parte, él no parecía que se ocupase de ella; le había cedido la ventanilla, pero ¿sabía el duque quién era y qué motivo la llevaba?

No lo sabía, y sin embargo estaba turbada, inquieta, como una mujer infiel, sorprendida por su amante en flagrante delito de flirteo. Se sentía molesta por circunstancia tan insignificante, y tenía el presentimiento de que resul-

taría de aquel paseo alguna cosa desagradable para ella.

La mirada de Rochebonne iba de Josselin á la joven.

No dudó un momento. Eran dos enamorados que iban á pasar el día en el campo.

Sintió á la vez enojo y contento.

La conquista de la modista no le sería ya tan difícil; era menos hurafia de lo que él creía, si él fuese capaz de creer que una mujer se le resistiese; este secreto ya descubierto, le serviría de precedente para sus futuros planes.

—No he visto á usted más que un momento, señorita —dijo á Germana,— y la he reconocido en seguida. ¿Está usted libre hoy y aprovecha usted el día?

Ella quiso demostrarle que tenía tan buena memoria como él.

—Sí, señor duque—le contestó.

—Realmente es mucho su mérito al hacer una vida tan cansada como la que hace, encerrada siempre en el fondo de una tienda—le dijo en voz baja.

Ella no contestó.

—¿El señor es hermano de usted?—la preguntó.

Hizo un gesto negativo.

—¿Tendrán ustedes pensamiento de casarse?

—Puede ser. Al menos es un proyecto.

Hubo un momento de silencio.

Después continuó:

—¿Van á Chantilly? Es un paseo muy agradable. Yo también voy á casa de un amigo, y no puede usted figurarse lo feliz que me ha hecho con ocurrírsele la idea de convidarme hoy.

De roja que estaba, Germana se volvió pálida.

Había un cierto temblor en la voz del duque que la conmovía, despertando un eco en lo más profundo de su corazón.

Se calló, y desde este momento no le dirigió más la palabra; pero á veces, al abrigo de su periódico, la dirigía una mirada, que explicaba lo que sentía mejor que ninguna frase banal podría haberlo hecho.

Por su parte, Josselin, metido en su rincón, estaba muy contrariado.

Desde hacía mucho tiempo ocultaba su amor por Germana, y, cuanto más aumentaba este amor, más celoso y exclusivista se volvía.

El joven, medio salvaje, educado en una choza, salido de las montañas de Saboya, con aspiraciones elevadas y sin dinero para satisfacerlas, tenía dos ilusiones: una el amor, la otra la ambición, y su energía de fiera puesta al servicio de ambas.

En el bazar de M. Bouret aspiraba en secreto á una *cartera*.

La cartera de Hacienda, la grande y sólida caja que encerraba los tesoros de aquel pequeño Estado. La administración de las cuentas debía pertenecerle por derecho propio. Á fuerza de asiduidad, de exactitud y de inteligencia, esperaba conseguir su deseo y llegar al primer puesto. Este deseo no tenía nada de censurable.

Codicias de esta naturaleza las hay en todas las administraciones.

En el Bazar de San Germán existían también.

Se sostienen luchas interiores, y como sucede fuera, en las luchas políticas, la ambición no abdicó sus derechos.

Josselin esperaba llegar al pináculo con dignidad y con el tiempo, cuando sus superiores dejasen sitio á los más jóvenes.

Su instrucción y su talento le hacían comprender que con paciencia llegaría.

Entonces, confiando en el porvenir, había buscado alrededor suyo una mujer digna de ser asociada en sus altos destinos, como el subteniente que, seguro de llegar al grado de general, quiere una compañera que le haga honor en ese cargo elevado que piensa en poseer.

¿Quién mejor que Germana, la protegida del amo, el hada de la casa, realizaría tan completamente las perfecciones del tipo que se había imaginado?

La había contemplado primero en silencio, y poco á poco, con la tenacidad de su carácter, se había encariñado con la idea de que los destinos del uno y del otro estaban indisolublemente unidos.

Cada vez que la casualidad de la vida común los acercaba, tenía para ella atenciones delicadas, palabras cariñosas, agasajos á los cuales la joven no había correspondido.

En la caja, desde por la mañana hasta la noche, seguía á Germana, que iba y venía por el salón de las modas; su pasión se había exaltado por la continua presencia de la que era su objeto, por la vecindad constante de aquella encantadora muchacha, por su hermosura, por su elegancia natural, aumentada en el ambiente donde se pasaba Germana la vida.

Había llegado á tal punto, que casi la consideraba como suya, que era toda para él; se sentía dispuesto á cometer un crimen para recuperarla,

si se la hubiesen disputado, sobre todo desde que Germana, compadecida por las continuas pruebas de simpatía que el cajero le daba, pero sin compartir su pasión, le había permitido una especie de familiaridad amistosa, dejándose acompañar por él, todas las noches, hasta la puerta de su casa; le confiaba sus preocupaciones, tratándole públicamente como preferido á todos y dándole continuamente muestras de estimación y afecto.

En la tienda hablaban de su boda, como cosa segura, faltando solamente fijar la fecha.

Germana no consideraba la cosa como imposible.

El señor Labievre no había engañado á Perrolet y no se había equivocado tampoco.

Josselin ya no dudaba del consentimiento de la muchacha, aunque no había abordado claramente este punto todavía.

Y, sin embargo, la vista de aquel desconocido de aire distinguido, modales sueltos y aspecto elegante, le abrumaba; todas sus dudas volvían á atormentarle; ya no estaba tan seguro de la voluntad de Germana.

Josselin sentía rabia contra aquel desconocido tan insolente y altivo y que hablaba á su amada con tanta despreocupación.

Ignoraba el sentido de sus palabras; pero la muchacha parecía confusa.

¡Le conocía! ¡Le había visto antes! ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?

Evidentemente ese personaje pertenecía á la más alta aristocracia.

Todo lo indicaba en él, sobre todo la seguridad de sus maneras.

Y, á juicio de Josselin, no se podía ver á Germana sin desearla.

¡Si fuera un rival!

Se puede ser inteligente, atrevido, independiente de carácter; pero hay una majestad ante la cual se encuentra uno empequeñecido, y de la que, á pesar nuestro, se sufre el ascendiente: esa majestad es la del dinero.

Josselin se sentía débil y un no sé qué más poderoso que él le tenía clavado en su sitio. Estaba encolerizado contra el duque, contra Germana y contra sí mismo.

Deseaba llegar á Chantilly, para reunirse con su amada y aclarar el misterio.

El tren iba á gran velocidad, atravesando los campos verdes llenos de alfalfa, cebada y avena.

Después vino un desfile de pueblecitos.

Luego se entrevieron á lo lejos los estanques de Commelles y el palacio de la reina Blanca.

Por fin llegaron á una estación, donde se paró el tren.

—¡Chantilly!

Germana iba á bajarse, cuando el duque, que se había anticipado y estaba en el andén, le dió la mano.

No podía rehusar.

Aceptó y la pareció—¿ó era una ilusión?—que Rochebonne le apretaba ligeramente los dedos.

La saludó profundamente, como lo hubiese hecho á una princesa, y se alejó.

Una bonita victoria, enganchada con un tronco de alazanes que piafaban impacientemente, le esperaba fuera.

La señora de los dos sombreros, la duquesa, estaba reclinada en los almohadones del coche.

Al ver que su marido daba la mano á Germana, se estremeció.

¿Qué significaba este encuentro?

Se inclinó hacia un *groom* que estaba al lado del estribo, un mulato de unos quince años, y le dictó rápidamente una orden.

Josselin se alejaba, llevando del brazo á Germana.

—Sigue á esa señora y ese caballero que la acompaña hasta París si es menester. Quiero saber los nombres de los dos, dónde viven y lo que hacen en Chantilly. ¿Comprendes? Vete.

El *groom* se inclinó, dijo unas palabras en inglés al cochero y se perdió entre la turba de gente que bajaba del tren y que se diseminaba alejándose en todas direcciones.

El duque, antes de subirse al coche, miró con una sonrisa enigmática á Germana, que se volvía, y desapareció en medio de una nube de polvo al dar la vuelta al camino que conduce al castillo.

Josselin, cogiendo el brazo de Germana, lo pasó debajo del suyo; ella estaba pensativa; él, en vez de la alegría con que había contado, experimentaba un gran desencanto mezclado de cólera.

Se quedó callado, y duró tanto tiempo su silencio que por fin, al llegar al bosque, Germana lo rompió, y le dijo:

—¿En qué piensa usted?

—Pensaba en ese caballero que se ha mostrado tan solícito con usted—dijo Josselin.—¿Le conoce usted hace mucho?

—¿Yo? ¡No!

—Es muy raro. ¿Cómo le ha consentido entonces que la tratara con tanta familiaridad?

Como todo buen celoso, Josselin no perdía una ocasión de decir alguna tontería.

—No ha estado sino galante. Se ve que eso es en él muy natural. Es un hombre de mundo. No hay posibilidad de equivocarse en esto.

—Probablemente no se habrá tomado más trabajo que el de nacer. ¡Verdaderamente es hermoso el ser rico, en seguida se hace uno agradable á las mujeres!

—¿Le he dicho por ventura que me gusta?

—Por lo menos usted no ocultaba sus impresiones, y por su parte él tampoco escondía las suyas. ¡Dichoso encuentro! Parecía que se conocían ustedes desde hace más de diez años.

—Vamos, no se enfade, Otelo—dijo Germana con una lágrima en los ojos.

Interiormente se acordaba de las teorías de Perrolet, y no le parecían en aquel momento tan descabelladas cuando criticaba el matrimonio y sus cadenas.

—¿Es que no le he visto nunca?—añadió ella.—¡Quería ponerle á usted á prueba! ¡Y ha salido bien de ella! ¡Este *debut* prometel ¡Será usted un hombre insoportable! Su mujer va muy á menudo á la tienda y él la acompaña casi siempre.

—¡Ah! ¿Está casado?—dijo Josselin, respirando.

—Sí, la duquesa nos compra los sombreros.

—Es un duque entonces.

—Sí.

—¿Se llama?

—El duque de Rochebonne.

—¡Ah!—dijo entonces amargamente el cajero.—¡Un señor con título, un nabab! Es una gran ventaja la que tiene sobre nosotros.

—¿Es culpa suya y debo devolverle un besotón por una frase amable? ¿Sería conveniente? ¿Qué hubiera dicho M. Bouret? ¡Ya ve usted que no tiene razón!

—Es verdad—dijo Josselin, más tranquilo por el aire dulce de Germana, y avergonzado por su violencia.—No me odie. ¡La quiero tanto! Me parecía que me hubiesen robado algo que la perteneciera. ¡Estaba tan disgustado por no ir á su lado!

Después de esta explicación volvió la alegría.

—¡Qué día tan hermoso vamos á pasar—dijo él,—y qué agradecido la estaré toda la vida!...

Se internaron en los senderos del bosque.

El bosque estaba lleno de pájaros, de nidos y de canciones.

De cuando en cuando una liebre se paraba delante de ellos, en medio de los senderos, enderezando las orejas para escuchar el ruido de sus pasos; otras veces era un corzo que aparecía en el talud de una zanja, alargando el cuello, y que, al ver á los paseantes, atravesaba de un salto el camino y se perdía entre la arboleda.

Josselin no hablaba; escuchaba á su corazón, que cantaba el himno de la primavera, y de tiempo en tiempo contemplaba amorosamente á la hermosa joven.

Germana tenía la imaginación más libre. Ella fué la que abordó la pregunta grave á la que él no sabía cómo llegar.

—Tiene usted una confidencia que hacerme—le dijo.—Por lo menos así me lo ha anunciado. Yo tengo hambre, y me parece que hablaremos mejor en la mesa.—¿Qué le parecería que fuéramos á almorzar?

Él la miró con estupefacción.

Germana estaba tan linda, que Josselin no pudo menos de decir:

—Es usted un ángel.

—Convenido; pero un ángel que tiene buen apetito.

Esta réplica escandalizó al cajero.

¡Tenía hambre! Era un horror, una abominación. ¿Pensaba él en la comida? Su corazón desbordaba de pensamientos, que se rompían como las olas de una marea viva contra las rocas; pero ni uno solo de esos pensamientos era extraño al amor loco que le abrasaba.

Los merenderos más confortables con las mantelerías resplandecientes de blancura; las cristalerías, que la luz irisaba; la plata y las porcelanas, no le hubiesen tentado.

El olor de las trufas, las aves doradas asándose en las cocinas en grandes cacerolas, los vinos más generosos de color de rubí ó de topacio, no le hubiesen distraído un momento de la contemplación de su amada ni del delicioso soñar en que le sumía el dulce calor que sentía en su brazo.

Pero había que rendirse á la evidencia.

Ella tenía hambre.

La hermosa no quería como él locamente, perdidamente, únicamente, puesto que descendía á esos detalles vulgares y sentía la necesidad de las cosas terrestres, y le sacaba á él de su suelo por los espacios para traerle á la realidad de las cosas prosaicas, por él olvidada.

El cajero conocía mal Chantilly.

Algunos camaradas, los chicos *sportsmens* empleados en la sección de los paraguas, le habían

dado ligeras explicaciones acerca de los merenderos del lugar.

Emprendió un viaje de exploración á través de las «villas» modernas, con sus jardines florecientes; recorrió las calles antiguas que databan de los tiempos del gran Condé, y acabó por descubrir un restaurant, de buena apariencia, á la vuelta de un paseo.

El pueblo estaba casi desierto en esta época del año.

El mundo hípico estaba ocupado en otra parte.

Para Chantilly, la época de las carreras había terminado. El Derby se había corrido tres semanas antes.

Chantilly tenía algunos días de tranquilidad en perspectiva.

Un rótulo que brillaba al sol se balanceaba en la puerta del restaurant.

Un pintor, inferior á Neuville ó Detaille, había pintado un caballo que parecía un animal de la Apocalipsis; plantas trepadoras subían por las paredes, enredándose en los balcones de madera, y lo tapizaban todo hasta cerca de las chimeneas.

Tenía un aspecto alegre. En los cristales de los balcones no se veía ni la más ligera señal de polvo; en el interior, las mesas estaban cubiertas con manteles blanquísimos.

—Esto es bonito—dijo Germana:—¡si nos quedásemos aquí!

De la cocina, cuya batería brillaba como el oro, se escapaban apetitosos olores de asados y guisados.

Los dos amigos entraron.

En el jardín se habían instalado media docena de bebedores de cerveza.

En sus pantalones estrechos, en sus piernas largas, un poco torcidas, en sus bustos delgados, en sus gorras escocesas, se adivinaba que eran gente de caballos, picadores ó jockeys.

Josselin y Germana divisaron en uno de los bajos una salita desierta, decorada con un papel de grandes ramajes, donde se podían seguir las peripecias de una caza fantástica.

Si el autor la hubiese expuesto en el salón, sin ninguna duda hubiese obtenido una medalla, como superior á sus compañeros de la escuela de Manet.

Era, sin duda ninguna, un impresionista de los más distinguidos. Si el ilustre jefe de esta tribu célebre hubiese visto aquella pintura, hubiera sentido celos.

Los caballos eran azules, los árboles de un encarnado fuerte, los perros rosa, y el cielo de un amarillo botón de oro.

Pero, en cambio, el ciervo, que corría más ligero que el viento, era de un color violeta pálido, capaz de avergonzar á las lilas primaverales.

En suma, todo el conjunto convidaba á una dulce hilaridad.

—Estaremos bien aquí—suspiró el cajero.

—¡Aquí encerrados!—objetó Germana.

—¡Estaremos solos!

La razón era indiscutible y decisiva.

Una criada amable y fresca recibió las órdenes de los jóvenes.

Germana devoraba todo lo que caía bajo su mano.

Josselin sentía unas palpitations demasiado fuertes para poderla imitar. Se contentaba con contemplar sus encantos.

Apenas tocó á las chuletas, y hasta el vino, que debía de ser de Suresnes y algo añejo, lo miraba con el más profundo desprecio; en cambio, Germana le encontraba cualidades superiores.

Mientras que la modista comía de todo, con un entusiasmo que probaba que no pensaba exclusivamente en el amor, Josselin se armaba de valor y quiso comenzar á explicarle sus proyectos.

—¿Por qué no come usted?—le preguntó la muchacha interrumpiéndose en la tarea de engullir.

—¡Porque la amo!

Germana se echó á reír.

—Eso no es una razón. Se puede adorar á la gente y no morir de hambre,

Diciendo esto le dirigió una mirada de reojo, como para animarle.

Quería—y esto se veía claro—forzarle á quemar sus naves y á que descargase lo que tenía sobre el corazón.

Entonces Josselin puso los codos sobre la mesa, y, una vez lanzado, no se detuvo.

La quería como un loco, desde el día en que le habían colocado en la caja, cerca de ella. Una noche, al ir á comer, se cruzara con ella en un pasillo, y desde entonces no la había olvidado un segundo. La adoraba con la pasión de un montañés, que no ha querido á nadie antes que á ella; con la violencia de la gente de su país, que por una palabra ó un gesto mortificante devuelven una puñalada. Los de su país no son como los del Norte, que tienen la sangre helada. Cuando se dan, se entregan enteramente. Cuando quieren, es toda la vida, hasta la muerte.

—Somos salvajes—dijo,—pero tenemos co-